

Discurso

pronunciado por el Señor Pbro. Dn. Jesús Mejía Escobar, Vicepresidente de la Academia Antioqueña de Historia, en la Sesión Solemne del 7 de noviembre de 1949, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

Señor Secretario de Educación del Departamento:
Señor Presidente de la Academia, Señoras, Señores:

Viene en este día la Academia Antioqueña de Historia a celebrar una Sesión Solemne. Este es, podemos decir, el objeto material; el formal, no es otro que llevar a término el cumplimiento de algunos artículos del reglamento, con lo cual se demostrará prácticamente la vitalidad de nuestra corporación ante la selecta concurrencia que aquí nos honra y cuya presencia cordialmente agradecemos.

La Academia fue fundada el 2 de diciembre del año 1903. Así dice en el Acta de Instalación: "A virtud de autorización acordada por la Academia Nacional de la Historia, aprobada por el Ministro de Instrucción Pública y transmitida a los miembros correspondientes de dicha Corporación en este Departamento, procedemos a reunirnos con tal carácter, en la ciudad de Medellín, a las dos de la tarde del día dos de diciembre de mil novecientos tres, los siguientes individuos, en la casa de habitación del Dr. Manuel Uribe Angel: el mismo Dr. Uribe Angel, el Dr. Fernando Vélez, don Alejandro Barrientos, don Estanislao Gómez Barrien-

REPERTORIO HISTORICO

tos, don Ramón Correa y Don José María Mesa Jaramillo, con el objeto de constituírnos en Academia Departamental de Historia Nacional...”.

Va ya para 46 años de no interrumpida labor en el campo de la historia y a lo largo de su existencia ha cumplido fielmente los deberes que le son tan caros.

Todos y cada uno de sus miembros sentimos por ella un afecto especial, lo que se debe a múltiples factores: al ambiente de sincera cordialidad que reina perennemente entre sus socios; al empeño que se pone en la dilucidación de los problemas que le atañen; al contacto que tiene con los centros históricos más renombrados; al afán que hay por mantener en el presente lo que ya ineluctablemente pertenece al pasado; la instrucción que se adquiere por medio de las jugosas exposiciones que hacen nuestros connotados colegas.

Pero, por sobre estos motivos y razones, ese afecto y amor se deben principalmente a dos cualidades prominentes y son: el sincero culto que aquí se rinde a la verdad y que la Academia está llena de vitalidad, pues ella no es un simple ente de razón.

Bien dijo don Tulio Ospina, en el discurso que como Presidente de la Academia pronunció el día de la inauguración de ésta: “Inaugúrase hoy, solemnemente, la Academia Antioqueña de Historia, honrando con este acto uno de los días gloriosos de la Patria. Feliz idea, porque ella nos sugiere que en las labores que emprendemos, debemos inspirarnos en los sentimientos de honor, de patriotismo, de imparcialidad y de verdad que hicieron grandes a nuestros próceres. Sin esas virtudes, la obra del historiador, lejos de ser útil y fecunda, será falsa y corruptora”. Y para concluir su magnífica pieza oratoria se expresó así: “Pero no olvidéis que los hechos comprobados son el único material que es permitido emplear en la construcción del monumento secular de la Historia; y una crítica sana e imparcial, la sola argamasa con que es lícito ligarlos. Escribir historia bajo otras condiciones es, cuando menos, perder el tiempo y

hacerlo perder a los lectores; y si el asunto atañe a la honra de los hombres y partidos, es hacer lo que un caballero y un cristiano no hacen jamás, es calumniar, con carácter permanente y a mansalva, y con el propósito deliberado de torcer el criterio de la juventud estudiosa, esperanza perpetua de la Patria”.

La Academia rinde culto a la verdad, porque ama a Jesucristo, que vino al mundo a dar testimonio de la verdad y porque El mismo se llamó la Verdad: “Ego sum veritas”. Yo soy la Verdad. (Juan XIV, 6).

No hace ella gala de una vida vegetativa, o simplemente sensitiva, no; es una vida espiritual, íntegramente intelectual la de nuestra Academia, alentada por todos los honorables e ilustres académicos, los cuales se honran altamente cuando se les hace la distinción de ser inscritos en esta Corporación y sienten, desde ese instante, el deber ineludible de dar algo de su vida, de comunicar su intelectualidad, para fortalecerla, animarla y vivificarla cada día más y más y no dejar que muera esta institución, que viva nos legaron aquellos varones conspicuos que pasaron ya a la eternidad.

Pero como el bien es difusivo y la vitalidad humana no sólo es inmanente sino transeunte, la Academia ha establecido concursos, en los cuales toman parte los extraños aficionados a estas disciplinas del pasado. Mediante dichos concursos, se estimulan el conocimiento y estudio de personajes de antaño; se valoran sus actuaciones y obras; se analiza su brega, el servicio que prestaron a la colectividad y época en que vivieron; se traen hechos de su vida —acaso olvidados— y en veces se les coloca definitivamente en el lugar que les corresponde en la historia.

Los concursantes revolviendo viejos documentos, se verán libres del materialismo histórico y de él salvarán a muchos; pues llegarán a la conclusión de que el espiritualismo genuino, y no una evolución material, ha presidido todos los hechos del pasado; pues los actos humanos, los productos del alma espiritual, inteligente e inmortal, que es

REPERTORIO HISTORICO

la forma sustancial del cuerpo, van tejiendo la historia y ellos quedan como efectos producidos por causas eficientes pletóricas de espiritualidad.

Con los concursos queremos formar conciencias para el estudio de la historia; sucesores nuestros que vengan mañana a llenar los vacíos que dejemos, a suplirnos, no tan sólo en el estudio del ayer, sino principalmente que lleguen aquí a inyectar nueva vida a la Academia y nos sustituyan en el amor a la verdad; porque amándola, habrán de defenderla del individualismo, del utilitarismo y del materialismo que nos invaden. Los que en estos torneos toman parte, leerán en el pasado las lecciones que deben formar para la vida y admirarán la recia textura de aquellos varones preclaros, objeto de los concursos; y como la historia se repite, al llegar tal o cual coyuntura, podrán aplicar lo que bebieron y admiraron en ellos y tendrán doctrina para ilustrar a las futuras generaciones.

Hoy escucharemos el informe suscrito por el jurado calificador, con el cual se señala al triunfador en el concurso de este año y en seguida nos deleitaremos con la pieza histórica premiada, la que versa sobre aquel insigne colombiano que se llamó José Félix de Restrepo, cuya vida cubrió setenta y dos años y en la cual hay lecciones que es preciso recordar.

Entremos ya de lleno en la Sesión Solemne, para que la Academia que goza de la más auténtica vitalidad espiritual, pueda venir a demostrarla en estos instantes por medio de sus facultades; y así con la reseña o informe de sus actividades en el año, probará que tiene memoria; con el concurso ideado por ella, nos mostrará su entendimiento; la voluntad, con su presencia en este lugar; y el amor, con su predilección por la verdad, al ordenar que en la insignia que nos señala y honra, se grabe este lema: "**Magna est veritas et praevalabit**"; grande es la verdad y ella prevalecerá.

Jesús MEJIA ESCOBAR, Presbítero.